

Violencia y trabajadores sexuales travestis y transgéneros en Tijuana

Debra A. Castillo*

Siempre ha habido espectáculos de travestis en Tijuana como parte de la oferta para los turistas sexuales que llegan por miles a la ciudad, y para muchos lo que se entiende por travestismo se limita al presunto glamour del “chou de dragas”. Sin embargo, en años recientes, ha habido un creciente reconocimiento de que el ambiente del espectáculo no puede absorber la cantidad creciente de trabajadores sexuales travestis; al mismo tiempo, el lugar de encuentro y de trabajo se ha mudado de los establecimientos a los salones de masaje, a las calles y al parque. Hay más trabajadores sexuales travestis en la ciudad en números absolutos (quizás entre 200 o 300, aunque hasta la fecha no se ha hecho un censo completo) y son más visibles que nunca. No es de sorprenderse que la violencia que experimenta esta población también salga a las calles y al ojo público. Al mismo tiempo, aunque se ha visto una que otra denuncia en algunas publicaciones de organizaciones no gubernamentales de derechos humanos, hay poco reconocimiento del alcance de este serio problema, y la comprensión del mundo que habita esta gente es casi nula.

¿Qué evidencia documentada existe sobre la violencia contra los travestis en México? Para empezar a responder esta pregunta, compartiremos algunos resultados preliminares de un estudio actualmente en elaboración sobre la violencia y los travestis en Tijuana. Sorprendentemente, dada su persistencia, existen pocas denuncias. Por ejemplo, mientras Víctor Clark Alfaro, director del Centro Binacional de Tijuana para los Derechos Humanos, nota que los travestis en la ciudad se han quejado frecuentemente por extorsión y acoso por parte de la policía, afirma, a la vez, que Tijuana es un centro cosmopolita que disfruta de los beneficios de una próspera cultura

* Con la colaboración de María Gudelia Rangel Gómez y Armando Rosas Solís.

gay en la vecina ciudad de San Diego, que desalienta las manifestaciones anti gays más virulentas. No existen, asegura, quejas de violencia contra travestis en la comunidad a la que sirve (Reding 2000: 23).

Y, no obstante, Reding advierte: “aunque las denuncias de asesinatos de hombres gay por, o con aprobación tácita de, las autoridades locales ha decrecido notablemente desde 1990, la mayor parte de México continúa siendo un lugar hostil y potencialmente peligroso para quienes hacen pública su orientación sexual, especialmente para los afeminados y los travestis que se prostituyen. El hecho de que las muertes de hombres gays (en su mayoría, trabajadores sexuales travestis) denunciadas por la policía estatal y municipal hayan decrecido dramáticamente desde 1995, no quiere decir que las actitudes básicas de la sociedad hayan cambiado” (2000: 5). Este último punto es importante. Los estudios acerca de México por lo general se enfocan en la violencia ejercida por las autoridades; mientras que en los Estados Unidos es más común que la violencia se atribuya a individuos homofóbicos, lo cual sugiere que el modelo de violencia en el primero es institucional y en el último, aleatorio.

A diferencia de las mujeres, quienes también están subordinadas a la estructura social machista, los travestis no gozan de la mínima estructura de protección social que alcanza a las mujeres “decentes”. Señala Oropeza: “estamos más expuestas y expuestos por nuestra condición sexual o por la forma de expresar nuestro travestismo”. Para añadir más a esta situación de por sí compleja, los travestis (quienes por lo general provienen de clases sociales bajas) tienen muy poco en común con los gays de clase media que dominan el creciente número de organizaciones dedicadas a temas relativos a LGBT, y con frecuencia es difícil distinguir si el prejuicio contra ellos proviene de una diferencia de clase o de género. Víctor Alverdi, del Foro de Hombres Gay, por ejemplo, comenta que, dada su manera de asumir su homosexualidad y la atracción que sentía hacia otros hombres, se le hacía muy difícil aceptar completamente a aquellos cuyas identidades incluían imágenes femeninas; percepción confirmada por el activista travesti Augusto Molina, quien nota que en su trabajo con jóvenes, hombres y mujeres gays, son pocos los travestis que acuden en busca de apoyo y que desafortunadamente los que sí lo hacen suelen ser rechazados por su colegas gays: “por considerarlos indignos de participar incluso en la comunidad homosexual” (“Transfobia” 2003). Esta falta de solidaridad entre gays y travestis es motivo de creciente preocupación, puesto que refleja una conciencia de fragmentación en el movimiento gay.

El trabajo sexual es siempre peligroso, señala un veterano activista de derechos homosexuales, Emilio Velásquez del Frente Internacional para las Garantías Humanas en Baja California (FIGHT) y fundador del periódico *Frontera Gay*, pero las vidas más difíciles son las de los trabajadores sexuales travestis y transgéneros. En el tiempo en que Reding y Clark Alfaro pintaban una imagen, de algún modo, más optimista, Velásquez y Max Mejía documentaron en *Frontera Gay* una serie de denuncias sobre abuso policíaco contra travestis en Tijuana, en especial por parte de las “fuerzas especiales”, que incluían robo (tanto contra trabajadores como clientes), asaltos sexuales, golpizas, extorsión a través de chantaje, arrestos falsos, irrupción y cateos ilegales de sus hogares sin permiso de un juez (“Brutal asedio” 1999). El editorial de noviembre de 1999, interpelaba apasionadamente:

¿Quiénes son los policías municipales o de las Fuerzas Especiales para parapetarse como los dueños de la ley? ¿De cuándo acá son los propietarios de las calles y de los derechos de tránsito y de libertad de expresión de los ciudadanos? ... ¿De cuándo acá es un delito o una infracción al reglamento de policía andar vestido de mujer en la calle? ¿De cuándo acá es un delito que algunos transgéneros se dediquen a la prostitución dentro de la zona de tolerancia de la ciudad? ¿Qué, las mujeres sí, pero los transgénero no? ... ¿Se trata de una advertencia de guerra contra los sectores de la diversidad sexual? (“Abuso y corrupción” 1999).

La primera parte de nuestro proyecto consistió en trabajo etnográfico realizado en 2001, incluyendo entrevistas con 47 sujetos travestis/transgéneros que entonces trabajaban en Tijuana. La segunda parte tuvo lugar en julio de 2005 y consistió en entrevistas de seguimiento más profundas con cuatro sujetos travestis. Éstas fueron entrevistas personales llevadas a cabo en los lugares de trabajo de los travestis por Emilio Velásquez, con el consentimiento informado de los entrevistados. El material recogido en esas entrevistas, junto con una entrevista a un trabajador sexual travesti realizada con anterioridad por Gudelia Rangel en una clínica de salud pública, y entrevistas en video del documental *Las paraditas*, sirven como base para la siguiente discusión. Los hallazgos son consistentes con la investigación en curso y con las respuestas individuales en los talleres y reuniones organizadas por y para ellos en Tijuana. A continuación, presentaré sólo un resumen de nuestros más importantes hallazgos.

No existe una comprensión sistemática del número de trabajadores sexuales masculinos ni de sus motivaciones, sean travestis o no. A la pregunta de por qué se dedican al trabajo sexual, los hombres generalmente responden del mismo modo que las mujeres: por necesidad de dinero. Por tanto, el incremento percibido en los últimos años en el número de trabaja-

dores sexuales en México, tanto masculinos como femeninos, podría estar directamente relacionado con el retraso de la economía y la falta de oportunidades para algún otro empleo modesto. La situación laboral es particularmente difícil para aquellos hombres considerados afeminados.

Los trabajadores sexuales de nuestra muestra frecuentemente se definen a sí mismos como “gays” o bisexuales o incluso “heterosexuales”, como fue el caso de dos de los hombres en la encuesta y en una de las entrevistas individuales. La complejidad de sus identidades y la inadecuación de las categorías de la encuesta se descubren en las entrevistas a profundidad, cuando, por ejemplo, Karla, autodefinida como “heterosexual”, comenta sus planes para conseguir implantes de senos y Rosa parece confundida por las opciones planteadas, al punto de pedir ayuda al entrevistador para decidir. Por su parte, en determinado momento, se refiere a sí misma como una “jotita vestida de mujer” y en otro, comenta: “yo me considero mujer”. Sin importar sus preferencias personales o su orientación sexual, generalmente describen el alcance de las prácticas sexuales en su trabajo como altamente flexibles, incluyendo tanto sexo oral como anal, activo y pasivo, así como sexo vaginal activo (con una poco común clientela femenina). En la muestra más grande conseguida por la encuesta, un entrevistado, quien se había sometido a cambio sexual quirúrgico, incluye también sexo vaginal pasivo.

Un tema común en los estudios es el escaso material secundario existente, estamos hablando aquí de la narrativa del disimulo, de “hacerse pasar por”. En estas historias, el travesti pasa, o intenta hacerse pasar, por una prostituta (o sea, mujer) y el cliente puede imaginar que tiene sexo vaginal o anal con una mujer. Esta situación puede tornarse muy peligrosa para el trabajador sexual si el cliente llega a descubrir que le han tendido una trampa o si pretende no darse cuenta de que su pareja es un hombre y “descubre” el engaño después del acto sexual. Un turista sexual con una gran experiencia sobre Tijuana, “Robinson”, utiliza un tono de conocedor divertido al describir del siguiente modo lo sucedido con un “principiante” al que llevó en su primer viaje:

Un sujeto joven, que trabajaba para mí, sin que yo me diera cuenta... hizo lo suyo con ella sin saber nunca el verdadero sexo de su pareja. No voy a detenerme en los detalles macabros y las muchas especulaciones que hubo sobre cómo pudo suceder esto, pero al día siguiente me enteré que se había ido con ella después de saber por qué no me iba yo con ella. Dijo que era el mejor culo que había tenido nunca. Estaba bastante molesto cuando por fin lo convencí de que oficialmente ya no se lo podía considerar 100% heterosexual. Lo mejor es no pensar mucho en eso. Una mamada hecha por una cosita linda sigue siendo una mamada, después de todo ... Trata de no preocuparte mucho la siguiente vez. Le quita todo el romance (7 de septiembre de 1998).

En esta narración, Robinson parece alejarse inconscientemente de la sugerencia de que su compañero estuvo comprometido en sexo anal hacia la sugerencia de que recibió sexo oral, marcando un deslizamiento de una actividad más prohibida hacia una violación menor de la heterosexualidad. También da pistas sobre la posible reacción violenta de su compañero: “estaba bastante molesto” (no queda claro si la molestia provenía del acto sexual en sí mismo o de que sus compañeros se enteraran de ello), mientras ofrece a los lectores un consejo desde su perspectiva más cosmopolita: “Una mamada... es, después de todo, una mamada”. No obstante, este comentario jocoso sobre la mamada, elude completamente su descripción del travesti prostituto como proveedor para su compañero, no de sexo oral, sino de “el mejor culo”.

Revelar el sexo a los clientes elegidos en el mundo de la prostitución está cargado de peligro; no obstante, como señala “Gabriela”, con frecuencia los resultados pueden ser anticlimáticos, especialmente con clientes mexicanos. Ella dice confiar en los clientes habituales: “después yo ya me puedo confiar, por ejemplo, si ya vino una vez, dos veces, más seguido... le digo la verdad. Ya después me dicen ¿ya qué?”

Sin embargo, en la calle, entre los individuos que fueron encuestados, parece común que la meta no sea hacerse pasar por mujer, sino ser inmediatamente identificables. No todos los trabajadores sexuales quieren pasar por mujeres; de hecho, el travesti evidentemente masculino atrae a determinado grupo de clientes. Mientras que en la típica historia de “hacerse pasar por”, los clientes con frecuencia dicen estar buscando una mujer cuando accidentalmente contratan los servicios del travesti; estos últimos afirman que no siempre es ése el caso. Muchos de sus clientes prefieren un rol pasivo, otros están buscando específicamente la fantasía de tener sexo con una mujer que tenga un pene (Karla).

También es costumbre que los clientes se tomen la licencia de embarcarse en actos sexuales más bruscos con un travesti que con una mujer, con mayor riesgo de violencia para ambas partes. En cierto sentido, afirma Yvonne, el travesti sufre mayor violencia por estar menos dispuesto a aceptarla: “la mujer es más sumisa, las vestidas nos criamos como hombres y somos más fuertes, y nadie nos puede obligar a hacer lo que no queremos” (Ripoll 2002). En las entrevistas a profundidad, los travestis de Tijuana hablan de la popularidad de sus servicios entre hombres masoquistas, lo cual también incrementa el nivel de violencia. En esos casos, “yo inicio los jueguitos sexuales” (Yadira). Muchos hablan abierta y francamente de golpizas y peleas con arma blanca entre los miembros de la comunidad travesti,

entre los travestis y sus clientes (en ambas direcciones), así como de un latrocinio muy difundido: hacia los clientes (cuando deciden no pagar lo que acordaron sería la tarifa) o hacia los travestis (con o sin violación). De tal modo que, aunque es efectivamente cierto que los travestis sufren el empuje de agresiones físicas y violencia, no son, de modo alguno, siempre sólo víctimas pasivas.

De hecho, estas agresiones son tan comunes, que palabras como “violencia”, “secuestro” y “violación” han perdido su significado para muchos de los miembros de esta población; un dato que deberá ser objeto de futuros estudios. Por ejemplo, Yolanda menciona que ella nunca ha sufrido violencia, pero que la policía “ahí te golpearon”, que nunca ha sido secuestrada pero “me han llevado los hombres, así que luego al modo que por la fuerza que yo no quisiera . . . me han dejado fuera de la ciudad”, y que frecuentemente ha sido obligada a tener sexo con la policía (“me obligan a hacer las cosas sin pagarme”). Cuando el entrevistador comenta en la grabación que estas acciones constituyen violación y violencia policíaca, su respuesta es un calmado “pues, sí”, pero no es claro si lo entiende, pues más tarde describe comportamientos similares por parte de clientes potenciales. Aquí, un típico ejemplo del intercambio: Emilio: “¿Te han violado?” Yolanda: “No, pero ayer uno me obligó a darle el servicio”. Rosa le cuenta a su entrevistador sobre una queja que presentó a un juez respecto de un policía que la acosaba constantemente: “está mal de su cabeza, sufre algún trauma el oficial. Con todo respeto —le dije— o le gusto yo, y si le gusto, vamos Riqui, le dije. Pero si les gusto, de esta forma no me van a conseguir. Al contrario, voy a aborrecerlo cada día más”. La queja de Rosa se relaciona menos con la violación o el abuso de autoridad que con el hecho de que el oficial la hace perder el tiempo cuando ella necesita ganarse la vida. El problema, como ella lo ve, radica en que el oficial se niega a reconocer sus propios deseos y, por tanto, la busca a través del acoso y el abuso sexual.

Adicionalmente, uno de los travestis comenta otro fenómeno frecuente: un travesti es culpado de un acto de violencia del cual ha sido víctima. Cuando un cliente se vuelve agresivo y el travesti intenta defenderse, el cliente puede pegarle, robarle su dinero, llamar a la policía y manipular la información de tal modo que la policía acabe arrestando al trabajador sexual, imponiéndole una multa y hasta encerrándolo las 36 horas estándar (*Las paraditas*). Aunque esta historia pueda sonar ligeramente autoexculpatoria, esta breve mirada a la inestable y peligrosa vida nocturna de Tijuana se confirma desde un ángulo completamente distinto cuando “Rust”, un clien-

te sexual de Tijuana, le hace notar a uno de sus compañeros de pesquisas por internet: "puede resultar reconfortante saber que, llegado lo peor, probablemente las autoridades no cargarán contigo tanto por atacar físicamente a un travesti en la situación que describes, como, por ejemplo, sí lo harían por pelearte en un bar local" (9/6/98 alt.sex.prostitution.tijuana).

La mayoría de los encuestados, así como cuatro de los recientes entrevistados, confiesa haber usado drogas y/o alcohol durante el trabajo ("siempre estoy drogada", dice Yadira), y la prevalencia de las drogas afecta también el nivel de violencia, así como la adhesión a prácticas de sexo seguro. Como dice uno de los travestis de *Las paraditas*: si realmente necesita el dinero y tiene un cliente mexicano a quien no le gusta el uso de condones o si no lleva uno consigo, lo hará de todos modos, porque necesita el efectivo para comida y drogas. En un interesante movimiento hacia la tercera persona, añade que si el cliente es portador del VIH: "triste para el que se fue con él, ¿no crees?".

Robinson también advierte que la policía de Tijuana tiende a acosar más a los clientes que parecen gays o que buscan travestis: "la policía parece fastidiar más a cualquiera que les parezca de cascos sueltos". Su sugerencia es mantenerse en la línea de placeres más heterosexuales (8/2/00). *Frontera Gay* menciona que una típica forma de abuso policíaco consiste en esperar hasta que un travesti sea recogido en su coche por algún cliente, detenerlo unas cuadras más adelante y robarles el dinero a ambos, cliente y trabajador sexual ("Brutal asedio"1999). Un travesti mexicano-estadounidense, Muñeca, comenta que, según su experiencia, los trabajadores sexuales travestis que llegan de México, vienen con frecuencia a los Estados Unidos porque creen que estarán más seguros y libres del acoso policíaco, aun cuando la prostitución sea ilegal en este país: "En los Estados Unidos, puedo caminar por las calles vestido de mujer y no me meterán a la cárcel, aunque sí me arrestarían por pararme en una esquina a buscar dinero. En México te recogen simplemente por andar en la calle". "Ya no camino por ahí", concluye; ahora sólo se pasea en México al interior de la seguridad de un automóvil (Martínez 1994: 299).

En los años 1999 y 2000, el activista gay Emilio Velásquez organizó una serie de reuniones con trabajadores sexuales travestis para documentar y denunciar el acoso contra trabajadores sexuales transgéneros en la ciudad. Mediante este continuo y sistemático acoso, la policía sustrae constantemente dinero a los trabajadores sexuales con la amenaza de arrestarlos y encerrarlos por perturbar la paz. Además, la policía suele decir a los trabajadores sexuales que vestirse como mujer es ilegal y que es ilegal prostituir-

se. Ninguna de las dos afirmaciones es cierta; no obstante, incluso los travestis que conocen sus derechos constitucionales prefieren pagar los 20 dólares de chantaje, para que no los encierren durante 36 horas en la prisión “20 de Noviembre”. Velásquez comenta que la policía “simplemente trataba de conseguir dinero de esta gente que nunca peleaba por sus derechos, que nunca se organizaba; estaban acostumbrados a eso. Para distintas organizaciones y grupos policiales, explotar jóvenes débiles e ignorantes y a aquellos atrapados por las drogas y alcohol, fue una mina de oro por muchos años”. Luego añade:

La policía también solía presionar a la gente en las calles, y cuando les encontraban condones en los bolsillos o las carteras, inmediatamente los acusaban de prostitución, o como lo llaman ellos “de fastidiar a la gente en la calle”; los llevaban presos o les quitaban dinero. Incluso se llevaban sus condones, lo cual, para nosotros, resulta desesperante, considerando que muchos de esos jóvenes, especialmente los del parque [Parque Teniente Guerrero] son seropositivos.

Concluye:

Otro aspecto terrible del abuso policíaco es el abuso sexual. Hombres, mujeres, menores de edad son forzados por la policía, muchas veces encañonándolos, a realizar distintos tipos de actividad sexual. Muchas veces los abandonan en las lomas en las afueras de Tijuana. Tememos que, de continuar estas actividades, comenzaremos a encontrar cuerpos, cuerpos muertos, en las lomas de Tijuana” (*Paraditas*).

El abuso físico por parte de las autoridades es un problema intratable y los activistas travestis saben que es difícil quejarse cuando el sistema de justicia es en sí mismo eminentemente homofóbico. Con todo, curiosamente, las violaciones sexuales y el forzar a un transgénero a dar sexo oral son las formas más comunes de abuso. Asimismo, en la prisión son presa de asalto sexual, no tanto por parte de sus compañeros (aunque ello también sea frecuente), sino por parte de los celadores. A propósito, Yadira afirma: “en la 20 [la cárcel 20 de Noviembre] y en la pinta [prisión-separos] los celadores quieren favores sexuales... Van los celadores; uno se presta. En la 20 te sacan para los bañitos y en la pinta al apagar las luces va el celador y despierta a la elegida”.

Yadira incluso añade que no necesita estar trabajando porque “ya te conocen”. Karla cuenta que, de tener consigo su tarjeta de salud: “te la rompen en la cara. Así es, aunque no estés trabajando y andes en la calle... cuando ando vestida de hombre con pants”. Deplorablemente, entonces, el acoso policíaco está contribuyendo a hacer que el trabajo sexual sea cada vez menos seguro: lo más probable es que un trabajador sexual registrado con una tarjeta

de salud en orden y un bolsillo lleno de condones sea multado y encerrado. Una de nuestras entrevistadas en *Las Paraditas*, habla extensamente sobre esto:

No hay seguridad de trabajo de prostitución aquí entre nosotros aquí en México. Son diferentes elementos de la policía, ya que simplemente por el hecho de que uno es homosexual se lo llevan a uno a la cárcel. Cosas que me dicen los policías cuando me arrestan, muchas veces en frente de la gente, no sé si es para quedar bien ante la gente, son superiores a uno o es el trabajo que llevan o el uniforme. Entonces uno se viste, se va de mujer, va a trabajar, muchas veces no llegamos ni al bar, por ejemplo, cuando uno sin que uno se vista de mujer, salga nada más va a la tienda a comprar alimentos que uno necesita para alimentarse. Por el simple hecho de que uno es homosexual, lo levantan a uno delante de la gente o incluso le piden a uno dinero. Y va para arriba alguno. Lo levantan a uno a empujones, a patadas, y lo suben a la unidad e incluso uno se ve obligado a entregárselo o a uno se lo llevan a la cárcel. Es una unidad, no es uno, son dos o varios. A varios de nosotros nos han golpeado, nos han quitado el dinero a la fuerza e incluso hasta tener relaciones con ellos. Quemadas. Experiencias he tenido malas en esta vida que llevo. Tengo cicatrices, señales, como ven en mi brazo. Otro: asaltos incluso de quitar la vida por en medio.

Como un trabajo de exploración inicial, este proyecto ofrece importantes perspectivas sobre una población seriamente maltratada, enfocándose en quienes transitan por las calles y aquellos travestis que trabajan en establecimientos identificados como homosexuales. Existe también otra población más pequeña de trabajadores sexuales travestidos que son mejor tratados y se encuentran algo más aislados de estos maltratos: unas pocas en cada uno de los principales establecimientos heterosexuales, así como algunos que, por medio de transacciones telefónicas o cibernéticas, proveen a sus clientes de sus servicios en las casas de dichos clientes. Futuros estudios deberán necesariamente incluir la información que estos individuos puedan ofrecer.

Los resultados, tanto de los elementos cualitativos como cuantitativos de este estudio, indican efectivamente que la violencia en sus distintas modalidades está profundamente enraizada en esta población, tanto en sus vidas laborales como fuera de ellas. Un hallazgo importante es que la violencia proviene comúnmente, en primer lugar, de la policía, seguida de la perpetrada por los clientes y, por último y en menor grado, de colegas o de gente desconocida (muchas veces pandillas de jóvenes). La policía frecuentemente los amenaza con sus revólveres u otras armas, los amenaza o simplemente los maltrata físicamente, los viola y les roba. Dado que la violencia proviene con tanta frecuencia de la policía, en consecuencia y muy acertadamente, los trabajadores sexuales travestis tienen poca confianza en el sistema legal. Incluso su percepción es que, de quejarse ante las autoridades, les irá peor en las calles puesto que la policía o sus amigos se vengarán

(Rosa). Más aún, aunque son una población creciente y fluida, todavía no son más de doscientas personas. La zona de tolerancia es tan pequeña que la policía los conoce y ellos también conocen a los oficiales. Se reconocen mutuamente, no importa cómo vayan vestidos.

La encuesta inicial indicaba que la magnitud de las golpizas y violaciones era relativamente pequeña; no obstante, estos elementos fueron una constante en las entrevistas realizadas con posterioridad, lo cual nos sugiere que los cuestionarios no fueron elaborados de manera que permitieran recoger correctamente los datos. Una de las tareas más urgentes es la de repensar los instrumentos de la encuesta y las guías de entrevistas de manera que se pueda lograr una mejor comprensión del alcance de este problema. Parece existir una profunda diferencia de términos: su vocabulario no coincide con el de las quejas formales, ni siquiera con los términos de las ONG y, en su experiencia, siempre han resultado defraudados por los sistemas gubernamentales y no gubernamentales. Aun cuando pueda haber muchos otros factores para esta falta de conexión con grupos de defensa de los derechos humanos, incluyendo los reconocidos y denunciados prejuicios de los hombres gay contra los travestis (“Transfobia” 2003), uno de los temas que futuros estudios pueden tomar en cuenta y resolver, es el de la incompatibilidad de vocabularios.

Las entrevistas preliminares en profundidad revelaron problemas relativos al cuestionario que muy probablemente resultaron en falta de información; un primer paso sería afinar la guía para la entrevista utilizando el lenguaje de los trabajadores sexuales para lograr mayor claridad y precisión. Así, por ejemplo, hemos notado la dramática falta de información sobre “violación”, “secuestro” y “violencia”; palabras suficientemente fuertes desde la perspectiva de los entrevistadores, pero no significativas para los entrevistados, pues las acciones representadas por estos términos parecen incluidas en su vida cotidiana de manera tal que este tipo de agresiones ya no llama la atención. ¿Cómo —podríamos preguntar— debemos aproximarnos a esta realidad o incluso pensar en ella, si está compuesta por un grupo de individuos cuyos cuerpos sufren violaciones tan seguido que acaban por separarse de lo que nosotros consideramos “la realidad”? ¿Cómo afecta su trauma el modo en que nosotros teorizamos acerca de ellos?

Las autoridades de salud pública tendrían que estar conscientes de la manera en que la violencia policíaca condiciona el comportamiento de estos trabajadores sexuales. Los trabajadores sexuales registrados deben llevar consigo una tarjeta de salud y pueden ser multados por no portarla mien-

tras trabajan. Sin embargo, las entrevistas sugieren que si un travesti lleva su tarjeta consigo, esto se considera como prueba de que ejerce la prostitución y es, por tanto, arrestado. Si no lleva la tarjeta, en todo caso, es arrestado por trabajar sin licencia. La pregunta resulta, pues, bastante obvia: ¿para qué molestarse en ir a la clínica por los análisis y los sellos? De modo similar, los trabajadores sexuales han informado haber sido arrestados por llevar condones, los cuales son tomados como prueba de que se prostituyen, así que muchos travestis evitan cargarlos consigo. Esto significa que, al menos algunos miembros de esta población, aun cuando comprenden la importancia de prácticas sexuales seguras, usa condones sólo si el cliente los lleva consigo, una gran preocupación para los funcionarios de salud pública que intentan reducir los niveles de ETS y especialmente de VIH/sida con campañas de educación de sexo seguro.

Surgen muchas otras preguntas. Un número significativo de trabajadores sexuales ha expresado su interés en hacerse cirugía plástica, en la mayoría de los casos para implantes de senos. No obstante, la situación precaria en la que viven implica que no podrán acudir con médicos que den una atención de calidad. Se sabe que en algunos sectores de América Latina, los trabajadores sexuales se han inyectado silicona industrial para crear formas femeninas (Kulick 1998: 66-95). Por el momento, no tenemos conocimiento sobre los posibles riesgos de salud en los que pudieran estar incurriendo los travestis en Tijuana por someterse a cirugías subestándar.

Este estudio, y otros que planeamos hacer sobre el tema, serán importantes no sólo por su alcance etnográfico, sino también por las recomendaciones que esperamos poder hacer en el plano político a los representantes de derechos laborales y humanos, y a los trabajadores de salud pública, para poder así fortalecer las políticas públicas relativas al apoyo de la población de trabajadores sexuales en Tijuana. Nuestra modesta meta aquí es afinar nuestras preguntas y realizar el primer intento por comprender las experiencias del travesti en sus propios términos, escuchar su voz, entender el mundo que habita desde su propia perspectiva ●

Bibliografía

- "Abuso y corrupción policiaca contra transgéneros", 1999, *Frontera Gay*, noviembre, p. 3.
- "Acción de Alerta", 2002, *Frontera Gay*, noviembre, en <http://www.fronteragay.com>.
- "Act Now to Protest Ordinance", 2002, IGLHRC, 30 octubre, en <http://www.iglhrc.org/site/iglhrc/section.php?id=5&detail=33>.
- Blanco, José Joaquín, 1981, *Función de medianoche*, Era, México.
- "Brutal asedio policiaco, denuncian travestis y transexuales de Tijuana", 1999, *Frontera Gay*, noviembre.
- Cantú, Lionel, 2002, "De ambiente: Queer Tourism and the Shifting Boundaries of Mexican Male Sexualities", *GLQ*, vol. 8, núm. 1-2, pp. 139-166.
- Carrier, Joseph, 1995, *De los otros: Intimacy and Homosexuality among Mexican Men*, Columbia University Press, Nueva York.
- Castillo, Debra A., María Gudelia Rangel Gómez y Bonnie Delgado, 1998, "Border Lives: Prostitute Women in Tijuana", *Signs*, vol. 24, núm. 2, pp. 387-422.
- Comisión Internacional de los Derechos Humanos para Gays y Lesbianas <http://www.iglhrc.org/site/spanish>.
- Comité de orgullo LGBT México, "Enlaces", <http://www.orgullomexico.org/enlaces>.
- Córdova Plaza, Rosío, 2002, "Entre chichifos, mayates y chacales", *Letra S*, suplemento de *La Jornada*, 4 de julio, en <http://www.jornada.unam.mx/2002/jul02/020704/ls-veracruz.html>.
- Cornejo, Jorge Alberto, 2002, "Cuando las magdalenas devolvieron las pedradas", *Letra S*, suplemento de *La Jornada*, 4 de julio, en <http://www.jornada.unam.mx/2002/jul02/020704/ls-norte.html>.
- "Descomposición social en el asesinato de homosexuales", 1995, *La Jornada*, 29 de junio, en <http://serpiente.dgsca.unam.mx/jornada/index.html>.
- Díaz Guerrero, R., 1970, "Adolescence in Mexico: Some Cultural, Pyschological, and Psychiatric Aspects", *International Mental Health Research Newsletter*, vol. 12, núm. 4:1, pp. 10-13.
- Ganem, Tania, s.f., "Editorial", *En portada*, en <http://www.iespana.es/en-portada/editorial3.htm>.
- Garber, Marjorie, 1992, "The Occidental Tourist: *M. Butterfly* and the Scandal of Transvestism", en Andrew Parker *et al.* (comps.), *Nationalisms and Sexualities*, Routledge, Nueva York, pp. 121-46.
- García, G. *et al.*, 1991, "Bisexuality in Mexico", en R. Tielman *et al.* (comps.), *Bisexuality and HIV/AIDS*, Prometheus, Búfalo, pp. 41-58.

- Gutmann, Matthew C., 1996, *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley.
- Gutmann, Matthew C., 2003, "Introduction: Discarding Manly Dichotomies in Latin America", en Matthew Gutmann (comp.), *Changing Masculinities in Latin America*, Duke University Press, Durham, pp. 1-26.
- "Habría congreso de la red mexicana de trabajo sexual", 2004, Orizaba en red, 6 de octubre, en <http://www.orizabaenred.com.mx/cgi-bin/web?b=VERNOTICIA&{num}=23181>
- Janoff, Victor, 1996, "Life under Siege", *Simon Fraser News*, vol. 7, n m.1, 5 de septiembre, en <http://www.sfu.ca/mediapr/sfnews/1996/Sept5/Opinion.html>.
- Kulick, Dan, 1998, *Travesti: Sex, Gender, and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*, University of Chicago Press, Chicago.
- "Legal Survey, Mexico", s.f., International Lesbian and Gay Association. http://www.ilga.info/Information/Legal_survey/americas/mexico.htm.
- Lumsden, Ian, 1991, *Homosexuality, Society and the State in México*, Canadian Gay Archives, Toronto.
- Martínez, Oscar J., 1994, *Border People: Lie and Society in the US-Mexico Borderlands*, University of Arizona Press, Tucson.
- "Massage Parlor Sex Legalized in Tijuana", 2005, *Frontera norte/sur*, 21 de julio, en fnsnews@nmsu.edu.
- "Mexican Town Cracks down on Drag Queens", 2002, Sapa-AFP, 4 de noviembre, en <http://www.q.co.za/2001/2002/11/4-mexico.html>.
- "Mexico's Transvestite Ban Draws Gay Protest", 2002, BBC News, 5 de noviembre, en <http://www.bbc.co.uk/2/hi/americas/2402571.stm>.
- Murray, Stephen O., 2000, *Homosexualities*, University of Chicago Press, Chicago.
- Nathan, Debbie, 1991, *Women and Other Aliens: Essays from the U.S. Mexico Border*, Cinco Puntos, El Paso.
- Oropeza, Liliana, 2004, "Discriminación, un enfoque legal", febrero, en <http://www.noviasdetv.100megas.com/catalog.html>.
- Las paraditas*, 2001, Documental de York Shackleton, Auteur Films, filmado en mayo.
- Prieur, Annick, 1998, *Mema's House, Mexico City: On Transvestites, Queens, and Machos*, University of Chicago Press, Chicago.
- Rangel Gómez, Gudelia, Linda Rebhun y Yasmina Katsulis, 2001, "Migraci n, trabajo y riesgo de VIH entre trabajadores(as) sexuales en Tijuana, México", base de datos.
- Reding, Andrew, 1998, *Mexico: Treatment of Homosexuals*, abril, INS Resource Information Center, en uscis.gov/graphics/services/asylum/ric/qa_pdfs/QAMEX98.pdf.

- Reding, Andrew, 2000, *Mexico: Update on Treatment of Homosexuals*, mayo, INS Resource Information Center, en uscis.gov/graphics/services/asylum/ric/qa_pdfs/QAMEX00.pdf.
- Reding, Andrew, 2003, *Sexual Orientation and Human Rights in the Americas*, diciembre, World Policy Institute, en <http://www.worldpolicy.org/globalrights/sexorient/sexorient.html>.
- Research Directorate Immigration and Refugee Board, 1999, "Mexico: The Treatment of Sexual Minorities", abril, Ottawa, en <http://donpato.com/commission.html>.
- "Reversed Lifestyles", 2003, *Shanghai Star*, 18 septiembre, en <http://appl.chinadaily.com.cn/star/2003/0918/fe21-1.html>.
- Ripoll, Laura, 2002, "Prostitución masculina en el DF: ellos también venden caro su amor", *La Jornada*, 17 de noviembre, en <http://www.jornada.mx/2002/nov02/021117/mas-ripoll.html>.
- Thing, James, "Review of Joseph Carrier, *De los otros*", *International Gay and Lesbian Review*, en http://www.w5.usc.edu:9673/review/iglr/review.html?rec_id=548.
- "Trabajadoras sexuales se organizan para defender sus derechos", 2004, *Letra S*, 30 de noviembre de 2004, en <http://www.letraese.org.mx/notiese%20Nv/Dic04/Nssexocomercialvih1dic04.html>.
- "Transfobia dentro de la comunidad lésbico-gay-transgénero", 2003, *Sal del clóset*, 15 de agosto, en <http://www.saldelcloset.com/recursos/centrosdeapoyo/iitransforo.shtml>.
- Velásquez, Emilio, 2000, "Denuncian transgéneros abusos de autoridades y violaciones a sus derechos humanos", *Frontera Gay*, febrero, p. 7.
- Zozaya, Manuel, 2002, "Sexo entre varones, una conspiración de silencio: entrevista con Joseph Carrier", *Letra S*, 4 de abril, en <http://www.jornada.unam.mx/2002/abril02/020404/la-sexualidad.html>.

Entrevistas a profundidad:

- "Gabriela", entrevista de Gudelia Rangel, 1994.
- "Karla", entrevista de Emilio Velásquez, 2005.
- "Rosa", entrevista de Emilio Velásquez, 2005.
- "Yadira", entrevista de Emilio Velásquez, 2005.
- "Yolanda", entrevista de Emilio Velásquez, 2005.

Copyright of Debate Feminista is the property of Metis Productos Culturales SA de CV and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.